

cia; el Hijo de Dios ha glorificado, no á los sabios, sino á los simples de espíritu, y á ellos es á quienes ha prometido el reino de los cielos. ¡Calle la presunción humana despues que ha hablado el Verbo divino! ¡Que se oculte el error despues que la luz ha aparecido! ¿No ha declarado el Apóstol que toda sabiduría humana es locura?„ (1).

Tal era el espíritu de las órdenes monásticas en el siglo XII: era un espíritu cristiano, y, por lo mismo, no era científico. Las órdenes mendicantes que aparecieron en el siglo XIII jugaron un gran papel en la escolástica; pero, hay que decirlo, se mostraron en esto infieles á la voluntad de su fundador. Oigamos á *San Francisco*; su lenguaje es el mismo que el de *Pedro el Venerable*: “Muchos hermanos hay que ponen todo su empeño en adquirir la ciencia, y que, olvidando su vocacion, se apartan del santo camino de la humildad; llevados por la curiosidad á la ciencia, encontrarán sus manos vacías el día del juicio. Por esto preferiría que se confortasen con el ejercicio de las virtudes, á fin de que, cuando lleguen las tribulaciones, tengan al Señor consigo. Este día llegará, y entónces los libros serán inútiles y sólo servirán para ser arrojados al fuego. Leed en el libro de la Cruz; no os abandoneis á la vana ciencia del mundo„ (2). En el lenguaje monástico, la curiosidad es el amor de la ciencia, esa noble pasion sin la cual apenas se elevaría el hombre por cima de los brutos: es, pues, el principio mismo del progreso intelectual lo que el monaquismo condena. Monjes hay que se cuentan entre los filósofos, y, sin embargo, temen y desprecian la ciencia. *Hugo de San Victor*, en su tratado de la *vanidad del mundo* (3), dice que toda ciencia es vana, salvo la teología; y no se limita al lugar comun de la vanidad; estima tan peligrosa la ciencia, que ve en ella, por decirlo así, una tentacion diabólica: hay que guardarse de ella, dice, para no pensar más que en la salvacion. “¿Qué es la vida del hombre sino un viaje? Somos transeuntes, y vemos el mundo como de paso. Si encontramos en nuestro camino cosas desconocidas, ¿será razon bastante para desviarnos de él el deseo de inquirirlas? Hé ahí, sin embargo, lo que hacen los hombres que se dedican á la ciencia: viajeros im-

(1) PETRI VENERABILIS Epist. I, 9 (Bibl. Max. Patrum, t. XXII, página 830).

(2) S. FRANCISCI Collat. xv et xvi (Op., p. 116 y siguientes).

(3) HUGONIS DE SANCTO VICTORE Opera, t. II, p. 171.

prudentes, olvidan el fin de su viaje, y no se dirigen ya hácia su patria„ *Hugo de San Victor* acaba por decir que los hombres de estudios son los más miserables de los mortales. ¿Se dirá todavía, despues de esto, que los monjes se impusieron por mision el cultivo de la ciencia?

Prescindamos de estas apreciaciones del monaquismo, que no tienen nada de comun con la institucion monástica. Porque no comprendemos ya la vida de los monjes ni los sentimientos que los movían á buscar la soledad del claustro, buscamos una explicacion de su anómala existencia que esté en armonía con nuestra pasion de movimiento físico é intelectual, cuando la verdad es que no iban los monjes al convento para satisfacer una necesidad de actividad; se proponían, al contrario, huir de la vida y de todas sus manifestaciones; abandonaban el mundo para consagrarse á Dios por entero. Ese era su fin: ¿cómo lo lograban? ¿Cómo, á lo ménos, creían alcanzarlo?

La gran ocupacion de los santos en la Edad Media era luchar contra el cuerpo, es decir, contra la naturaleza, tal como Dios la ha hecho. Á los ojos de los cristianos, la naturaleza ha sido viciada por el pecado original; el cuerpo se ha convertido en mansion de la concupiscencia; el espíritu del mal ha establecido en él, en cierto modo, su morada; por la carne nos tienta el diablo, y, por consecuencia, en la carne y en sus seducciones es donde hay que combatirlo. Hé ahí por qué los santos de la Tebaida trataban de libertar el alma matando el cuerpo á fuerza de abstinencias. Los santos de la Edad Media tenían al cuerpo el mismo odio que los Antonios y Macarios. *Pascal* dice que la enfermedad es el estado natural del cristiano; ¿es esta una de esas exageraciones que gustaban al genio sombrío de un hombre enfermo? No, el pensamiento de *Pascal* es cristiano, monástico; *San Bernardo* era de la misma opinion, y no hacia más que desarrollar la de *San Ambrosio* (1) al exclamar con el Evangelista: “*El que quiera salvar su alma la perderá*. Hipócrates enseña á salvar el cuerpo; Jesucristo enseña á perderlo. ¿Cuál de los dos tomaréis por guía?... Yo oigo decir: esto es nocivo al estómago, aquello al pecho. ¿Es que habeis leído estas bellas cosas en los Evangelios ó en

(1) S. AMBROS., in Psalmum 118: «Contraria studiosi divine cognitionis sunt præcepta medicine.»

los profetas? La carne es quien ha revelado esa sabiduría, no el espíritu divino. Que los rebaños de Epicuro se cuiden de su cuerpo; nuestro Maestro enseña á despreciar la salud„. Á monjes que habitaban una comarca malsana escribía tambien *San Bernardo* que no conviene á los religiosos recurrir á los médicos ni tomar medicamentos; que esas delicadezas se deben dejar á los infieles (1).

Los monjes de Occidente no llegaron, sin embargo, á la perfeccion de los solitarios de la Tebaida; por más que despreciaban la naturaleza, la naturaleza los dominaba á su pesar; la influencia del clima y de la raza era más poderosa que la voluntad del asceta; y á despecho de todos sus esfuerzos, quedaban bien por bajo de aquellos héroes del desierto que no comían más que una vez por semana ó que permanecían inmóviles sobre una columna. Los monjes de la Edad Media compensaban esta inferioridad torturando su cuerpo: habia muchos santos que se disputaban el honor de haber establecido el uso de las flagelaciones en el curso del siglo XI; *Baronio* se decide en favor de *Damian*, y el ilustre cardenal recomienda constantemente el uso de esta piadosa práctica, que alcanzó gran favor entre los mismos legos y hasta entre las mujeres de las clases más elevadas (2). Tuvo, sin embargo, contradictores en el seno del monaquismo: *Damian* los trata de maldicientes, de calumniadores, de ignorantes, de furiosos; uno de estos miserables, dice, murió de muerte repentina, “acaso porque habia prohibido que se disciplinaran los monjes del Monte-Casino„ (3). Si por casualidad pensara algun lector del siglo XIX que Dios no ha hecho al hombre para que se desgarré como un animal feroz, lo remitirémos á *San Damian*; las torturas que nos repugnan son para él un magnífico espectáculo, con el cual “los ángeles se regocijan y Dios se deleita„ (4).

Diráse que exhumamos horrores que pertenecen á la Edad Media, es decir, á una edad de hierro, por tener el gusto de combatir el monaquismo: ¿por qué no dejar dormir estas excentricidades en la tumba de lo pasado? Responda por nosotros un escritor católico, *J. B. Thiers*, uno de los teólogos

(1) S. BERNARDI Sermo de Cant. XXX, 10, p. 1378;—Epistola CCCXLV, p. 316.

(2) DAMIANI, Vita S. Romualdi, c. x (t. II, p. 213).

(3) DAMIANI Epist. v, 8; vi, 27. Opusc. 43, 2.

(4) DAMIANI De laude flagellorum, c. vi (Op., t. III, p. 311).

más ilustres de su tiempo, que era el tiempo de Corneille, de Racine y de Molière, de Bossuet y de Fenelon. En los primeros años del siglo XVIII, publicó *Boileau*, sacerdote y doctor de la Sorbona, una historia de los flagelantes, en la cual combatía enérgicamente esta tortura voluntaria; y *Thiers* se propuso probar que las flagelaciones se fundan en la tradicion y en la autoridad de la Iglesia. La demostracion es completa: “Los flagelantes imitan á Nuestro Señor Jesucristo, que fué azotado por orden de Pilátos, y á San Pablo y á Silas, que lo fueron por orden de los magistrados, y á los mártires que sufrieron la flagelacion. Si la mano de los verdugos no azota ya hoy á los confesores, ¿qué inconveniente hay en que se azoten á sí propios por un espíritu de piedad, á fin de ser partícipes de las glorias de los mártires? Mas la poderosa, la principal razon de que se empleen las disciplinas es la de mortificar la carne para hacerla más sumisa al espíritu, y el espíritu más sumiso á Dios y más en estado de alabarle, de glorificarlo y de obtener de su misericordia el perdon de sus faltas„. En fin, fundándose en la regla de las religiosas de Nuestra Señora, afirma *Thiers* que la flagelacion es un medio de hacer una buena eleccion (1). La Iglesia ha abandonado su tradicion en este punto; el jamon y la cerveza han sustituido, á lo ménos en Bélgica, á las disciplinas y al látigo; y hé aquí cómo todo cambia, aun en el seno de la Iglesia inmutable. Pero volvamos á la antigua tradicion. La mortificacion del cuerpo no fué una exaltacion pasajera como la locura de la secta de los flagelantes; llegó á ser una institucion aprobada por la Iglesia, y casi todas las órdenes religiosas la adoptaron como práctica habitual y de rigor.

Flagelar la carne y extenuar el cuerpo es, en definitiva, un lento suicidio (2); y, sin embargo, esta muerte voluntaria fué el ideal de los más grandes santos de la Edad Media. Las nuevas órdenes que nacieron en el siglo XIII quisieron oscurecer la gloria de los héroes del desierto. Por sus mortificaciones excesivas mereció San Francisco que se atrevieran sus discipulos á compararlo con Jesucristo; no se cansa San Buenaventura de admirar en la vida de su maestro esta heroica destruccion

(1) THIERS, Critique de l'histoire des flagellants, p. 147-163.

(2) Gerson lo confiesa, y aprueba ese lento suicidio: «Est mala tentatio se velle occidere: sed bene potest quis abbreviare vitam suam per abstinentias discretas» (Op., t. III, p. 1072).

de sí mismo: apenas concedía á su cuerpo lo necesario para sostenerlo; la experiencia le había enseñado que la austeridad de la vida expulsa á los demonios y que la molice los atrae. Una noche, contra su costumbre y á causa de una enfermedad, reclinó su cabeza sobre una almohada de plumas; el demonio entró en ella y le impidió orar hasta el amanecer, en que San Francisco llamó á un hermano y le hizo echar al demonio con el cojín fuera de la celda. Así se aplicaba las disciplinas con tanta frecuencia como sentía las tentaciones de la carne: "Hé aquí, mi hermano asno, decía á su cuerpo, cómo es preciso tratarte.", Al fin de su vida no era más que una pura llaga (1).

En la obra de *Thiers* se pueden ver los nombres de los santos famosos por los tormentos que se infligieron. Admiramos su heroísmo; pensamos, como ellos, que el espíritu debe dominar á la materia; mas no podemos creer que el cuerpo sea enemigo del alma, y que haya que matar al uno para salvar á la otra; preferimos la doctrina de Grecia: una hermosa alma en un bello cuerpo, el desarrollo armónico de todas nuestras facultades. No es este el espíritu del monaquismo ni del cristianismo: los ascetas cristianos se atormentan para emancipar al alma de la influencia de la materia. Supongamos dominado el cuerpo: ¿qué hará el monje convertido en un puro espíritu? La muerte física es la preparación de la muerte moral; el religioso debe despreciarse á sí propio y desear que le desprecien los demás: ese es el colmo de la santidad, dicen *San Gregorio Magno* y *San Buenaventura*, pero pocos hombres llegan á esa elevación (2). ¿En qué consiste, pues, este sublime ideal? El cenobita ha dejado el mundo para escapar al yugo del demonio; héle ya libre; pero ¿á qué condición? Á costa de una nueva servidumbre que, por ser voluntaria, no es ménos degradante: "El monje, dice *San Buenaventura*, debe velar incesantemente para quebrantar su voluntad, someténdola á las órdenes de sus superiores", (3). Los santos llaman este yugo servidumbre de Dios; pero en el hecho se traduce esta dulce servidumbre en una amarga sujeción á la dominación del hombre.

(1) S. BONAVENTURA, *Vita S. Francisci*, c. IV, XIV.

(2) GREGORII *Dialog.*, I, 5.—BONAVENTURA, *De perfectu religios.*, II, 33.

(3) S. BONAVENTURA, *Speculum disciplina*, c. IV (t. VII, página 538).

Así pues, se aniquila el monje en su cuerpo y en su alma; y no basta todavía á la ambición del monaquismo esta muerte en vida á que un San Bernardo y un San Víctor aspiraron. Quedaba á los monjes un lazo con el mundo, la propiedad común: una puerta abierta al espíritu maligno le bastaba para permitirle invadir á todo el hombre. San Francisco quiso cerrar al diablo este último resquicio: la pobreza absoluta, la mendicidad, llegó á ser el ideal de la perfección cristiana (1). Esto era atacar la sociedad, ¿qué decimos? al hombre en lo que constituye su esencia, la individualidad. Encontró el ideal de San Francisco una violenta oposición, y *San Buenaventura* tomó su defensa: "La abdicación de la propiedad, dice, es una conversión á la perfección del paraíso terrenal, porque, sin la caída, no habría habido propiedad, ni común ni privada. Por consecuencia de la caída existen dos ciudades, la de Dios y la de Satanás; la codicia es el fundamento de la ciudad del diablo; la pobreza absoluta destruye en su raíz la codicia, y es, por lo tanto, el ideal de la perfección. La propiedad común deja subsistente el germen de la avaricia; y el peligro no desaparece sino renunciando á toda propiedad", (2). Bajo este punto de vista, la vida monástica era, á pesar de todas sus austeridades, una desviación de la verdadera perfección, era casi una existencia secular; precisaba, pues, volver al ejemplo de Jesucristo, que "nació pobre, vivió pobre, murió pobre y dió la pobreza como ley á sus apóstoles", (3).

Llegamos al término de los esfuerzos hechos por el monaquismo para realizar el ideal de la perfección. Toda la institución, hasta en sus extravíos, está consagrada por el nombre y la autoridad del Hijo de Dios: celibato: Jesucristo era virgen; humildad: Jesucristo tomó la forma de esclavo; abdicación de la voluntad: Jesucristo se sometió á las leyes humanas y á los tormentos por ellas inventados; pobreza: no tenía donde reclinar su cabeza Jesucristo. Los consejos que dió Jesucristo á los que querían ser perfectos fueron las reglas de las diversas órdenes monásticas; todas se propusieron seguirlos, y por eso calificaban la vida reli-

(1) S. BONAVENTURA, *Vita S. Francisci*, c. VII.

(2) S. BONAVENTURA, *Expositio in regulam S. Francisci*, c. 1 (tomo VII, p. 310).—Comp. *Id.*, c. IV, p. 317, y *Opuscul. de paupertate Christi contra magistrum Guillelmum* (t. VII, p. 359).

(3) S. BONAVENTURA, *Apologia pauperum* (t. VII, p. 402).

giosa de estado de perfección. ¿Se quiere saber ahora adónde condujo esa existencia ideal? Pues condujo al egoísmo. Y no es que le digamos nosotros; son los santos, los doctores de la Edad Media quienes lo dicen; y no para criticar el egoísmo, sino para divinizarlo. *San Bernardo* dice, en su tratado *del amor de Dios*, que el religioso "olvida todo lo que no es Dios, que no piensa más que en Dios, como si viviera á solas con Dios: él es mi bien amado, dice para sí, y yo soy el suyo", (1). Esta conversación solitaria con Dios, dice *Enrique de Gante*, avanta con mucho á la caridad y nos acerca mucho más á Jesucristo que el amor del prójimo, por vivo que sea (2). ¡Así el perfecto cristiano se aproxima á Jesucristo, que es todo caridad, olvidando la caridad para no pensar sino en el objeto de su amor! Si despojásemos estos sentimientos de su envoltura mística, ¿qué queda, sino el egoísmo más profundo? Cuando el hombre deja al mundo y la sociedad de sus semejantes, para la cual Dios le ha creado, con el fin de consagrarse en la soledad á la obra de su salvación, debe llegar necesariamente á despreciarlo todo ante su beatitud futura. ¿Valía la pena de mortificar al cuerpo y aniquilar el alma para transformar un sér sociable y amoroso en un solitario personal y egoísta?

#### N.º 2.—La realidad.

No hay institución que haya provocado tantos ataques como el monaquismo. Aún en la época de su fervor, sublevó á los fieles y repugnó á los paganos (3). En la Edad Media, cuando el hábito monástico era codiciado como una garantía de salvación, debía esperarse un concierto de alabanzas; pero nada ménos que eso: las sátiras abundan en la lengua de los clérigos y en la lengua del pueblo. ¿Se han de tomar estas violentas críticas al pie de la letra? ¿Hay que concluir de ellas, con los reformadores, que los monjes eran más corrompidos que los legos, y que el monaquismo, en vez de ser un estado de perfección, ha sido siempre un estado de imperfección? La cuestión, así planteada, nos parece insoluble. Tenemos libelos contra

(1) S. BERNARDUS, *De amore Dei*, fine.

(2) HENRICUS GANDAV.: "Actus solitarie contemplationis ad Deum multo amplius potest dilatari cor ad Christum suscipiendum, quam quicumque actus dilectionis ad proximum (Quodlib. II, quæst. 14, t. I, p. 67).

(3) Véase: *Los Estuños sobre el Cristianismo*.

los monjes, no tenemos una historia del monaquismo; y de otra parte, para compararlo con la sociedad civil, necesitaríamos conocer la vida y las costumbres de los legos, y nuestra ignorancia es en este punto casi absoluta: podriase, á lo sumo, proceder por conjeturas, por probabilidades. Colocada en este terreno la cuestión de la corrupción de las órdenes religiosas, creemos que tendría una solución diferente de la que el odio de los monjes ha inspirado á los protestantes. Si la sociedad secular hubiera sido relativamente pura y los monasterios mansion de corrupción, no habría subsistido el monasterio durante siglos: para dominar los espíritus, preciso es que hubiera más moralidad en el clero regular que en el mundo laico. No es nuestra intención, al ocuparnos en la vida monástica, añadir un capítulo más á la crónica escandalosa de los conventos; nuestro fin es mostrar lo que ha llegado á ser de hecho el ideal del monaquismo: falso en su esencia, debió falsear la santidad misma; con mayor razón debió transformarse en caricatura entre la masa de seres vulgares que entraban en religión por holgazanería ó por estupidez.

#### I.—La hipocresía.

Confiesa uno de los héroes del monaquismo que es rara vez la vida monástica el camino del perfeccionamiento moral (1). Esto, que *San Bernardo* deplora con amargura, era la consecuencia inevitable de la institución. El monaquismo destruye la naturaleza humana y sus necesidades más legítimas; y como la naturaleza es indestructible, porque es de Dios, debe reaccionar contra la pretendida perfección que se le quiere imponer. ¿Qué harán los monjes, obligados á observar una regla imposible? La observarán, pero en la apariencia. De aquí la contradicción inevitable entre el ideal y la realidad; de aquí el vicio radical del monaquismo y de toda vida que tiene la pretensión de ser exclusivamente espiritual: la hipocresía. Una de las más ingenuas y nobles criaturas que han aparecido en el mundo, la desgraciada Eloisa, confiesa que "la vida religiosa consiste en simular las virtudes cristianas", (2). Los hombres más graves,

(1) S. BERNARDI *Epist.* XCVI: "Multo facilius reperias multos seculares converti ad bonum, quam unum quempiam de religiosis transire ad melius. Rarissima avis est."

(2) HELOISE *Epist. ad Abelard.* (ABELARDI *Op.*, p. 60).